

## HACIA UNA ÉTICA ORIGINARIA

Cristóbal Holzapfel  
Ediciones Facultad de Filosofía  
Marzo, 2000, pp. 223

**RE** Ya el título, en relación con nuestros modos habituales de referirnos a las cosas, pone en guardia, da que pensar... *donne à penser*, diría, en el mismo sentido en que Paul Ricoeur emplea esta expresión. Porque la ética, en la concepción usual del término, parece tener más relación con hábitos y con el habitar, al que, por lo demás, dedica el autor unas bellas páginas (pp. 182-191). La aventura es, por el contrario, una suerte de deserción del habitar cotidiano, un desamarre de los hábitos; se parte a la ventura y se dejan venir las cosas tal como vienen, sin una carta muy estricta de navegación preparada en los puertos de embarque. Y por aquí, me parece, va el *élan* de Cristóbal Holzapfel.

Sin embargo, a pesar de todos estas 'des-previsiones', la aventura filosófica, en cuanto filosófica, tiene un rumbo preciso. Y Holzapfel posee un instinto filosófico que en todo momento lo mantendrá en la dirección de aquello que inspira esta aventura.

Solo daré aquí algunas rápidas impresiones acerca de esta obra llena de talento; llena también de unos 'heroicos furoros' que contagian al lector. Volveré en otra ocasión sobre los puntos que me han dado más que pensar y me han puesto en discusión conmigo mismo.

Ahora intento esbozar algunas consideraciones propiamente sobre el viaje hacia esta ética originaria. Lo declara el título: el punto destinal de la aventura es esencialmente ético. La aventura ética de llegar a ser sí mismo. Esto, para el ser humano, tal vez solo para él, es el imperativo incondicionado, categórico. ¿Por qué, sí mismo? Porque es la única forma de supervivencia espiritual en medio de lo que 'pasa', sobre todo, en medio del mar heracliteano que nuestro filósofo hereda del estoicismo romano. Este imperativo —dice Holzapfel— “es capaz de iluminar por sí solo toda la ética” (pág. 35).

'Uno' se podría imaginar que esta aventura hacia adentro, hacia sí mismo, por más intensa y tortuosa que sea, es de corto trayecto; que es como el acto de aferrarse a la roca sólida de lo que ya somos. Pero esto no es así: se llega a ser sí mismo —si no se sucumbe en el intento, como Sócrates— solo a través de lo otro, y sobre todo, de los otros, en una travesía en que poco sabemos de nuestra identidad y tantas cosas en el camino parecen gritarnos “yo...yo soy tú mismo”.

Y esto supone, de partida –y Odiseo es ahora el ejemplo clave– un salir de casa y olvidársela en el camino; supone una cierta desidentificación respecto de lo familiar, respecto de lo lugareño, de todo lo que se nos ha “pegado” como modos rutinarios de ser.

Aventura ontológica en su itinerario, lo decíamos, pero ética –*hacia una ética originaria– en su destinación.*

Es cierto que el filósofo no necesita abandonar el lugar, ni cambiar radicalmente los hábitos, para realizar este vuelco que se propone en la aventura. Se trata de una disposición de ánimo, de poner entre paréntesis la subjetividad o la opinión común subjetivizada, que recubre y empaña la visión de la ruta.

Es claro así que la ética negativa de Holzapfel es una fenomenología del despeje y en cuanto despeje, una afirmación rotunda del ser, disposición que “supone más bien no una inversión valórica sino decididamente una a-valoración, esto es, dejar la cosa valorada en cierto modo desnuda, como mostrándose fenomenológicamente en lo que es” (pág. 110). Este es un camino hecho por grandes autores. Y en la obra misma se reconocen las hermandades, los saludos amistosos en el recorrido histórico que hace el autor: Heráclito, muy a lo lejos, pero presente; Marco Aurelio y su invitación al desapego (3. 1); y, ¿cómo no reconocer, aquí en esta obra de Holzapfel, la proximidad apasionada de Giordano Bruno y la mística de Benedicto Spinoza (y su filosofía de la afirmación absoluta y de la alegría) (3.2)? Y un gran capítulo dedicado a Nietzsche (cap. 3.3) y la inversión de los valores. Y finalmente, Heidegger, a quien parece juntarse al término del viaje, en la concepción de una ética originaria, anclada en la autenticidad de vida.

En definitiva: la idea de aventura me parece extraordinariamente fiel a lo que propone el autor: la salida “del hombre de sí mismo hacia lo otro” (pág. 110). Ética negativa que resulta así positiva por cuanto elimina los límites (nuevamente, como Spinoza), y deja ver lo que es en su 'desnudez fenomenológica'.

Entre otras cosas, este pensamiento abre la posibilidad de encontrar un fundamento más sólido para el ejercicio de una tolerancia efectiva, no solamente declamada. Una posibilidad de encuentros reales.

El entusiasmo por esta aventura tiene como contrapartida la prudencia con la que el autor se refiere al modo gradual en que debe realizarse el retiro de las valoraciones y la suspensión del juicio ético. Lo que propone no es una renuncia a toda valoración, o una denuncia, como lo hace Nietzsche. Se trata de una 'disposición' –y leo esto también con sumo cuidado– de un talante preventivo que nos permite despejar el camino para ver más lejos; se trata, pues, de una prudencia al servicio de la aventura de ver más y más hondo.

Ahora bien, me parece que en el comentario que el mismo autor seguramente hará de su pensamiento en los trabajos que seguirán a éste, debería quedar más plenamente despejado el tema de la relación entre valores y valoración. Creo que hay vacilaciones que se hacen notorias.

“El ser en sí no es bueno ni malo”, pero esto no significa que esté más allá de toda cualidad y de todo valor. Podría sostenerse –y me agrada esta idea– que la valoración provenga de alguna cualidad real que emana del ser; que a cierto nivel de la realidad, se identifica con el ser mismo y que se multiplica y difunde en la densidad de los entes (como la luz del sol platónico). ¿Por qué esta reclusión de la ontología? ¿No sería pensable, como proponía Jasinowski, una onto-axiología? Podría sostenerse además que en “la salida del hombre de sí mismo hacia lo otro”, en esta exposición cotidiana va siendo cualificado por el ser. Que en el modo de vincularse a lo otro hay, como pensaban los antiguos, una asimilación (*adsimilatio*), un volverse como aquello que se contempla, se maneja o se retiene. Mimetismo con los colores, con los aromas, con la altura o la dureza de los lugares que se habita.

Hay otro momento en que me parece imposible separar valor y valoración: cuando el ente en el que recae la valoración es la conducta de un ser humano.

El sentido, el ser de una gesticulación, de una palabra, reside en su intención. Esa es su fuente, su verdad. Por lo que no puede el juicio sobre el actuar ajeno eliminar la evaluación de lo que el otro hace sin eliminar ipso facto la referencia a lo que es y el sentido. Estamos condenados a valorar y, por tanto, a enjuiciar todos los días.

La filosofía de Holzapfel es por cierto una invitación a moderar, a graduar nuestras valoraciones, a estar precavido contra el prejuicio, el apego a los esquemas, el subjetivismo, etc. En este orden de cosas es una propuesta generosa de tolerancia.

Pero extremando el sentido de la invitación, me resulta difícil aceptar que podamos percibir la vida ajena en su desnudez ontológica.

Mientras somos sujetos, mientras vivimos, no somos transparentes. Y porque no podemos ser sorprendidos en nuestro ser, se nos juzga en virtud de nuestro aparecer.

Es en este punto –y a él me limito– en el que la aventura se vuelve dramática, pues nos jugamos día a día a favor o en contra de un ente que es más aparición que ser en su pura ‘desnudez ontológica’. Más aún: para percibir al otro en su realidad humana (y no como noema) no me parece que la fenomenología pueda prestar un gran servicio.

HUMBERTO GIANNINI IÑIGUEZ  
Departamento de Filosofía  
Universidad de Chile